

ACTO TERCERO.

LA INFAMIA.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA I.

JUANA Y PAULA.

JUANA.—¿Cómo nos hacen sufrir en este mundo! ¿Dónde se podrá encontrar la verdadera felicidad?

PAULA.—No se afija usted madre que Dios nos socorrerá; verá usted, él ha de velar por nosotras.

JUANA.—Tú eres muy buena: sufres y quieres consolarme, quieres ocultarme lo que estoy viendo.

PAULA.—Pero ¿qué se aventaja con que estemos sufriendo?

JUANA.—No hija; yo sufro solo por tí.

PAULA.—Por mí.... ¡ah! no debe usted estar triste por eso; yo tengo fuerzas para resistir la desgracia.... usted es quien debe cuidarse.

JUANA.—¿Pero habrá mayor desgracia que la nuestra?

PAULA.—Cada uno siente sin ver á los mas infelices.

JUANA.—Pero hija, nosotras no podemos ser mas desgraciadas; el único hombre que nos sostenia ha sido llevado á la guerra. El gobierno nos ha dejado en la orfandad, y lloramos en balde, porque nuestras lágrimas no le conmueven.

PAULA.—¡Madre! (*con dolor*)

JUANA.—Tú ibas á casarte; soñabas con la felicidad, y los agentes de policía te quitaron al que iba á ser tu esposo, tu apoyo en esta tierra.

PAULA.—Yo maldigo á los que tanto mal nos hacen....

JUANA.—No, hija; perdónalos. Ellos nos hacen llorar, pero Dios los castigará.

PAULA.—¿Dónde estará mi padre? ¿Dónde se hallará Manuel?

JUANA.—¿Quién sabe! Ya hace ocho días que se los llevaron, sin dejar que los viéramos por última vez. ¡Mi pobre marido! Debe haberse ido con el corazón hecho pedazos; no pudo abrazarme, ni decirte adiós, ni siquiera darme un beso á su hija moribunda....

PAULA.—¿Y así quiere usted madre, que les perdones á los que nos hacen padecer?

JUANA.—Sí, hija; la Providencia nos dará fuerzas bastantes para soportar la terrible desgracia que nos hace sufrir.

PAULA.—Pero, ¿y Manuel? Dios sabe si ya no viva; si le hayan matado en alguna batalla, y nosotras aquí sin saber nada, sin que haya quien nos dé noticias....

JUANA.—Creo que Dios se ha olvidado de nosotras.

PAULA.—No, madre;.... no nos quejemos tanto, que en medio de nuestros males hemos tenido una providencia....

JUANA.—Sí, el señor licenciado que nos ha hecho tantos favores, y luego el señor Don Ricardo que también nos ha protegido.

PAULA.—Mire usted yo le agradezco mucho al señor Don Gerónimo todos sus beneficios, y le quiero como si fuera algo mío.... se le conoce su buen corazón, pero lo que es á Don Ricardo por más que le agradezca sus favores, me causa horror.

JUANA.—Pero, ¿por qué hija? A mí me parece una persona decente....

PAULA.—Sí, pero yo no sé que noto en él.

JUANA.—Hija ya comienzas con tus cosas.

PAULA.—Madre, es que yo me entiendo; pero á todo esto ¿qué haremos para el entierro de mi pobre hermana?

JUANA.—Yo no sé que hacer.... molestar á esos seño-

res que tan buenos han sido con nosotras, no es posible. ¡Cómo les hemos de dar tanta guerra!

PAULA.—Pero no nos queda otro recurso que ocurrir á su favor.

JUANA.—Hallarnos reducidas á esta situación, es verdaderamente insoportable.

PAULA.—No se desespere usted, madre.... ya veremos lo que se puede hacer....

JUANA.—Cada vez que me acuerdo que tanto he llorado, que han caído sobre mí tantas desgracias en estos días, que un mal ha seguido á otro, no sé como he podido vivir.

PAULA.—De veras; casi no se puede creer que una sea capaz de tener tantas fuerzas....

JUANA.—Bien dicen, que un pesar no mata; si así fuera ¿qué habría sido de nosotras?

ESCENA II.

DICHOS Y GERONIMO.

GERONIMO.—Buenos días ¿cómo han pasado la noche? ¿Qué tal va la enferma?

JUANA.—No hemos dormido. (*llorando.*)

PAULA.—Mi hermana murió como á las ocho de la noche.

GERONIMO.—(¡Pobres mujeres!) Vamos, no hay más que conformarse.....

JUANA.—Y no haberla visto su pobre padre.....

PAULA.—Sin echarle la bendición.

GERONIMO.—(Me conmueve su pena.) Vamos hijas, no lloren..... (pero yo sí que quiero hacer milagros.)

JUANA.—En esta situación yo más bien desearía morir-me que sufrir.

PAULA.—¿Morirse usted? No, y ¿cómo me dejaba abandonada en este mundo sin tener una persona á quien volver los ojos?

GERONIMO.—Vaya, dejen ustedes esas cosas.

PAULA.—Pero señor.....

GERONIMO.—Pues señor ya esa pobre niña se quitó de padecer.....

JUANA.—Pero haciéndonos sufrir á nosotras.

PAULA.—Haciéndonos llorar.....

GERONIMO.—Bien visto, ella es mas feliz, que ustedes en estos momentos; ella ha dejado de sufrir las miserias y penalidades que encierra este mundo;..... tal vez ahora está formando parte de un coro de ángeles en otro mundo ideal, allá donde viven las almas.

JUANA.—Era tan buena.....

PAULA.—Sí, tan cariñosa.....

GERONIMO.—Pero allá su alma pura no se manchará con el fango.

JUANA.—Pero era mi hija.....

GERONIMO.—¡Es verdad! (Y yo que pretendo consolarla)

PAULA.—¡Y nada ha sabido usted de mi padre?

GERONIMO.—No.

PAULA.—¿Ni de Manuel?

GERONIMO.—Claro está que tampoco; á saberlo ya les habria dado á ustedes noticias de ellos, pero no ha podido saber una sola palabra.

JUANA.—¿No podrán libertarse?

GERONIMO.—¡Quién sabe! Yo he hecho los mas grandes esfuerzos para lograr que fueran puestos en libertad absoluta, pero no he podido conseguirlo, porque como en el gobierno no me quieren.

PAULA.—Porque es usted una persona muy buena.

JUANA.—Si y los malos nunca quieren á los buenos....

GERONIMO.—No es por eso hijas, es que yo combato los abusos, donde quiera que los encuentro; yo soy un hombre que no vivo adulando á nadie....

JUANA.—Pero usted siempre les hace ver el mal.

PAULA.—Y por eso no le quieren. Si es usted muy bueno.

GERONIMO.—¡Y dale! Están ustedes empeñadas en hacerme mejor de lo que soy.

PAULA.—No señor; sus bondades no han tenido límites.

JUANA.—Ha sido usted mas que un padre para nosotras dos.

GERONIMO.—Pero á todo eso ¿ya dieron ustedes los pasos necesarios para el entierro de esa niña?

JUANA.—No hemos podido.....

PAULA.—Si..... porque.....

GERONIMO.—¡Ah! vamos, no tienen ustedes con que hacer los gastos. No hay que afligirse por eso; dentro de un rato vendrá Juan, mi criado, y él arreglará todo.

JUANA.—(Llorando) Es usted el mejor de los hombres.

PAULA.—La Providencia le ha puesto en nuestro camino para que venga á enjugar nuestras lágrimas.

GERONIMO.—¡Vaya! No se hable de esto que me incomoda.

JUANA.—Pero ¿cómo no agradecer sus beneficios? ¿Cómo olvidar que usted ha sido nuestro apoyo en la desgracia?

PAULA.—Seremos cuanto se quiera, pero nunca ingratas.

JUANA.—Pero ¿cómo no agradecer sus beneficios? ¿Cómo olvidar que usted ha sido nuestro apoyo en la desgracia?

JUANA.—Adios, señor.

PAULA.—Que pase usted buenos dias.

ESCENA III.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Se lo decia yo á usted madre, que Dios no podia abandonarnos.

JUANA.—¡Qué buen Señor! Sin que se le diga una palabra todo lo comprende.

PAULA.—Si parece que está leyendo en el corazón.

JUANA.—De veras: yo no sé como adivina los pesares como pone á todo remedio.

PAULA.—Ya podremos siquiera sepultar á mi hermana.

JUANA.—Yo la lloraré toda mi vida... ¡Fué tan buena hija!

PAULA.—¡Y tan buena hermana! Con razon dicen que lo bueno se vá ó se muere.....

JUANA.—No siempre; ya tú ves á ese Señor que tantos favores nos ha hecho.

PAULA.—Pero, qué pocos son esos hombres en el mundo.

JUANA.—Sin embargo, suelen hallarse, y ya ves cómo nosotras le hemos encontrado, cuando mas necesitábamos de él.

PAULA.—Es preciso bendecir á Dios que no nos olvida en nuestros infortunios. (*pausa.*)

JUANA.—Sabes que voy á arreglar el vestido que ha de llevar tu hermana.....

PAULA.—Yo le iré á ayudar.

JUANA.—No, tú estás muy desvelada y será mejor que descanses.

PAULA.—Pero madre no puedo dejar á usted sola.....

JUANA.—Te lo mando; es necesario que te cuides y me debes de obedecer. (*se vá.*)

ESCENA IV.

PAULA.

PAULA.—¡Pobre hermana!... murió por nuestra pobreza... hubiera venido antes el médico, tal vez se habria salvado... ¡puede que la noche que fué á llamarle mi padre hubiera sido tiempo, pero á otro dia!... ya no fué posible hacer nada.

Vieran esto los que nos hacen tanto mal, ¡cómo tendrían un peso en su conciencia!

ESCENA V.

PAULA Y DON EDUARDO.

EDUARDO.—Vaya, si está usted sola.

PAULA.—Señor.

EDUARDO.—Me dijeron que aquí habia entrado el licenciado, y nada: no puedo encontrarle.

PAULA.—Hace poco que estuvo aquí, pero ya se fué.

EDUARDO.—¿Vino á cobrar á ustedes lo de la casa?

PAULA.—¿A cobrarnos?

EDUARDO.—Sí, él es mi apoderado.

PAULA.—(Ya comprendo.)

EDUARDO.—Pero, ¿á qué vino el licenciado?

PAULA.—A ver como seguia mi hermana.

EDUARDO.—Siempre ese hombre metiéndose en asuntos que nada le importan.

PAULA.—Es que es muy bueno.

EDUARDO.—Ay, demasiado.... ¿pero no les dijo á ustedes nada de la casa?

PAULA.—No señor.

EDUARDO.—Lo dicho; ese hombre es incapaz de hacer negocios buenos.

PAULA.—Pero si viera usted es tan caritativo que sin que se lo indiquen hace el bien.

EDUARDO.—Y así le va. Yo no sé como no ha perdido todos sus pleitos.

PAULA.—¿Por qué ha de perder?

EDUARDO.—Usted no entiende de eso. El se ha portado bien conmigo; si no fuera por ciertas consideraciones, yo le quitaba mi poder.

PAULA.—(No entiendo una palabra.)

EDUARDO.—Pero yo estoy perdiendo el tiempo, y el tiempo es dinero. Adios.... (*se vá.*)

PAULA.—Adios, señor.

ESCENA VI.

PAULA.

PAULA.—Este hombre no piensa mas que en el dinero. Si no fuera por el señor don Gerónimo, de seguro nos habria echado de la casa, pero afortunadamente no sucedió así.

ESCENA VII.

PAULA Y DON RICARDO.

RICARDO.—Buenos días.

PAULA.—Pase usted señor.

RICARDO.—¿Como les ha ido á ustedes?

PAULA.—Muy mal, señor, anoche murió mi hermana y hoy hemos estado con grandes apuraciones. Si no fuera por el señor don Gerónimo que es tan bueno, no sé que hubiéramos hecho.

RICARDO.—Vamos, tome usted eso para los gastos que se necesiten. (*le da un portamonedas*)

PAULA.—El señor licenciado paga todos los gastos del entierro.

RICARDO.—No importa; eso podrá servir para otras cosas que ustedes necesiten; en estos casos siempre hace falta el dinero....

PAULA.—Sería abusar....

RICARDO.—Déjese usted de esos escrúpulos y guárdele.

PAULA.—Gracias Señor; no tengo con que pagar á usted estos favores.

RICARDO.—Eso no es nada. (*Hace ya mucho que estoy perdiendo el tiempo miserablemente.*)

PAULA.—(Este Señor me causa miedo.)

RICARDO.—En fin si algo se ofrece.....

PAULA.—Gracias... voy á entregar esto á mi madre.

RICARDO.—Espere usted un momento.

PAULA.—¿Qué mandaba usted?

RICARDO.—Nada... tengo que hablar á usted en secreto.....

PAULA.—¿De qué? ¿Le ha sucedido algo á Manuel? ¿á mi padre?

RICARDO.—No se trata ahora de eso. (¿Quién se acuerda de ellos!)

PAULA.—¿Señor?.....

RICARDO.—Digo... usted como hija y como amante...

PAULA.—Yo que desde que están léjos; no puedo dormir tranquila, porque me asaltan los sueños mas horrosos.

RICARDO.—Vamos, déjese usted de eso y oiga lo que voy á decirle.

PAULA.—Hable usted señor. (Tengo miedo.)

RICARDO.—Creo que usted no podrá dudar de que yo soy una persona decente, que he procurado hacer por su felicidad cuanto me ha sido posible.

PAULA.—Sí señor; y yo se lo agradezco.

RICARDO.—Yo me intereso por su suerte mas de lo que usted se imagina. Ustedes han quedado en la miseria con motivo de haber sido tomado de leva su padre de usted.

PAULA.—¿Y no hay esperanzas de salvarle?

RICARDO.—Es difícil, pero no me interrumpa lo que voy á decirle.

PAULA.—No señor.

RICARDO.—¿Ha comprendido usted perfectamente la situación en que se encuentra?

PAULA.—Sí señor, es la mas desgraciada.

RICARDO.—¿Y qué hará usted en el mundo sin apoyo, sin amigos, sin una persona que vea por su señora madre y por usted?

PAULA.—Imploraré el auxilio divino.

RICARDO.—Todo eso está muy bueno, pero repito que yo me intereso por su felicidad mas de lo que usted piensa...

PAULA.—Lo agradezco y si pudiera pagar.....

RICARDO.—Sí, usted puede pagar el interés que me tomo..... ¿Está usted dispuesta á hacerlo?

PAULA.—Sí señor; puede usted mandarme, si en algo puedo serle útil.

RICARDO.—Sí; usted puede serme muy útil.

PAULA.—¿En qué?

RICARDO.—¿No ha pensado usted nunca en elevarse de la posición en que se encuentra?

PAULA.—¿Qué quiere usted decir?

RICARDO.—No hay que alarmarse; las jóvenes buenas, así como usted; nada tiene de extraño que alguna vez salgan de la triste situación en que se hallan.

PAULA.—Señor, no diga usted esas cosas.....

RICARDO.—¿Por qué no? usted es bonita ¿no ha tenido usted pretendientes?

PAULA.—Ya usted sabe que iba á casarme.

RICARDO.—Sí, pero ese es un artesano, y vale bien poco para una muchacha tan bonita como usted. Yo me refiero á pretendientes de otra categoría.

PAULA.—No señor;..... ni yo quiero subir de mi humildad.

RICARDO.—Pues en eso hace usted muy mal..... no le faltarian á usted pretendientes.

PAULA.—¿Quiénes?

RICARDO.—Yo..... por ejemplo ¿no me querria usted alguna vez?

PAULA.—Soy muy pobre para poder ser su esposa y además, quiero mucho á Manuel.

RICARDO.—Vaya, no seria usted mi esposa precisamente.....

PAULA.—¿Su querida? no, eso es imposible; yo me respeto un poco.

RICARDO.—¡Pobre y orgullosa!

PAULA.—No señor, honrada..... no vuelva usted á hablarme de esto.....

RICARDO.—¿Y estaba usted dispuesta á pagar mis beneficios?

PAULA.—Pero la gratitud del alma.....

RICARDO.—Eso no vale hoy nada. Usted está hoy en la indigencia; conmigo nada podrá faltarle..... se levantará usted de su esfera; verá satisfechos hasta sus menores caprichos y no que ahora.....

PAULA.—Señor yo soy honrada y.....

RICARDO.—Y por su egoismo verá morir en la miseria á su pobre madre. Vamos, decídase usted..... dentro de cinco minutos á lo mas, vendré á saber su resolucion
(se va.)

ESCENA VIII.

PAULA.

PAULA.—Pero ese hombre es un malvado..... ¡oh!..... ¿y los favores que nos ha hecho? ¡mi madre!.....

ESCENA IX.

PAULA Y JUANA.

JUANA.—Ya está todo preparado para cuando vengan á apartar para siempre de mi lado á mi querida hija. (llora.)

PAULA.—Y yo que no puedo hacer nada por usted.

JUANA.—¡Ah! tú eres el consuelo que tengo en mi soledad; tú eres la que secas mis ojos cuando lloran; tú haces mucho por mí; ¡pobre hija!..... Sí, tú eres mi felicidad en medio de tantos pesares.

PAULA.—Yo quisiera que mis fuerzas fueran mayores. Así podría auxiliar á usted.

JUANA.—Demasiado hacer.

PAULA.—Ahora que estamos solas, yo podría entrar á servir á alguna casa y con mi sueldo podia ayudarla.

JUANA.—Eso es difícil.

PAULA.—¿Por qué?

JUANA.—Tú no estás acostumbrada á tan rudos trabajos..... has sido muy consentida.

PAULA.—A todo me acostumbraré.

JUANA.—Ademas, no porque eres mi hija, pero no eres fea y hay en las casas particulares tantos que abusan de su posición.....

PAULA.—¿Qué dice usted?

JUANA.—Que pudieran perderte y yo no debo consentir.....

PAULA.—(¡Si supiera!)

JUANA.—No, hija; tú no te apartarás de mi lado. Eres una pobre, pero tu honra es sagrada para mí, y debo cuidarla.

PAULA.—Sí madre; pero ¿cómo hacer para cuidarla á usted?

JUANA.—No te aflijas por eso... ya verás como la Providencia, que hasta hoy nos ha cuidado, seguirá velando por nosotras.

PAULA.—Dios no puede abandonarnos.

JUANA.—No, de ningun modo nos abandonará.

ESCENA X.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRiado.—Dice mi amo que dé usted sus órdenes para lo que haya que hacer.

JUANA.—¿De qué?

CRiado.—Para arreglar lo del entierro de la niña.

JUANA.—Pase usted por aquí para decirle... ¡qué bueno es su amo de usted!

PAULA.—Tiene un excelente corazón.

CRiado.—Ya lo creo, hace mas de seis años que estoy en su casa y cada vez le quiero mas. Si viera usted señora cuán bueno es.

JUANA.—Ya lo he visto.

PAULA.—Con nosotras no ha podido ser mejor.

JUANA.—Hasta sus amigos son buenos y si no ahí está Don Ricardo, persona decente.

CRiado.—Quite vd. allá; si ese hombre es un pillastron.

JUANA.—No hable vd. mal de él, que nos ha hecho favores.

CRiado.—No ha de ser por nada bueno; si yo le conozco, como que estuve dos años en su casa y no le pude aguntar.

JUANA.—Bien... será eso, pero á mí no me gusta hablar mal de los que me hacen beneficios.

CRiado.—Me callaré, pero yo vine á recibir órdenes....

JUANA.—Sí, vamos.

ESCENA XI.

PAULA.

PAULA.—Tambien este hombre sospecha de Don Ricardo. ¡Si supiera mi madre lo que me ha dicho!

ESCENA XII.

PAULA Y D. RICARDO,

RICARDO.—No me he tardado. Vengo á ver que ha resuelto usted.

PAULA.—Nunca podré consentir á lo que vd. quiere...

RICARDO.—¿Y no teme vd. á la miseria?

PAULA.—No señor, porque Dios está para todos; él nos auxiliará.

RICARDO.—Pero.....

PAULA.—Esa es mi resolucion.

RICARDO.—(Toquemos otra fibra.) ¿Quiere vd. mucho á Manuel?

PAULA.—Sí, señor, desde que no le veo padezco mucho.

RICARDO.—¿Y á su padre de usted?

PAULA.—Eso ni se pregunta. ¡Cómo no he de querer á mi padre!

RICARDO.—Pues bien; ¿sabe usted el peligro que en este momento corren su padre de usted y su amante?

PAULA.—¿Qué, señor? Dígame usted.

RICARDO.—Vá á librarse muy pronto una batalla con los pronunciados... esos hombres no son de armas, y lo natural es que perezcan.

PAULA.—¿Y va usted á salvarlos? Sí, señor, se lo ruego á usted por lo mas sagrado.

RICARDO.—Poco á poco, yo he hecho por ustedes sin intereses alguno, cuanto he podido...

PAULA.—¿Pero mi padre y Manuel?

RICARDO.—En mi mano está que queden libres hoy mismo... se dará la orden por el telégrafo, y ya no servirán mas en el ejército;... me lo ha prometido el Ministro de la Guerra.

PAULA.—¡Ah! vá usted á salvarlos... ¿verdad?

ESCENA XIII.

DICHOS Y MANUEL á la puerta; despues baja.

RICARDO.—¿Accede usted á mis deseos?

PAULA.—Es imposible.

RICARDO.—¿Imposible? Pues entónces deje usted que mueran en el campo de batalla su padre y su amante.

MANUEL.—(Que oígo.)

RICARDO.—Usted es la que los mata con negarse á lo que quiero.

PAULA.—¿Salvará usted á mi padre y á Manuel?

RICARDO.—Sí.

PAULA.—Entonces...

MANUEL.—¡Calla desgraciada! La hija de un honrado artesano no debe arrastrarse por el fango.

PAULA.—¿Eres tú? (*Le abraza.*)

RICARDO.—¿Y quién es este hombre que viene á interrumpirnos?

MANUEL.—Yo soy su prometido, el que ha de ser su esposo... yo que llego á tiempo para evitar que se cometa una infamia. He arrojado lejos de mí los arreos del soldado y recobré mi libertad.

RICARDO.—¿Es usted desertor?

MANUEL.—Sí; desertor, porque no quiero militar bajo las banderas de la tiranía... nadie puede coartar mi libertad de ciudadano.

PAULA.—Al fin estás aquí.

RICARDO.—Está bien... ¿y no teme usted que se le aplique las penas de la ordenanza?

MANUEL.—Nada temo... pero usted ¿qué hace aquí?

RICARDO.—¿Y á usted que le importa?

MANUEL.—Es que yo mando en ésta casa.

RICARDO.—Miente.

MANUEL.—Yo nunca miento. (*Se lanza sobre Ricardo; éste le amenaza con una pistola y Paula se interpone.*)

PAULA.—Yo moriré contigo.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON GERONIMO, JUAN Y EL CRIADO.

GERONIMO.—¿Qué pasa? ¿Quién es este hombre?

PAULA.—Este es nuestro verdadero protector. (*Señalando á D. Gerónimo.*)

MANUEL.—Yo soy el amante de esta jóven, el que ha de ser su esposo.

GERONIMO.—¿Usted?

MANUEL.—Sí; ese hombre ha querido envilecer á la que quiero con todo mi corazon...

GERONIMO.—¿Y bien?

MANUEL.—Yo llegué á tiempo para castigarle.

JUANA.—¡Dios mio!

CRIADO.—(No lo decia yo.)

GERONIMO.—(¿Es posible que esto suceda en el mundo?)

MANUEL.—Si ese hombre no sale de aquí, le voy á arrojar como á un miserable.

RICARDO.—(*Amenazando con la pistola.*) No saldré de esa manera, villano.

MANUEL.—¡Ah!... (*queriendo ir sobre él.*)

GERONIMO.—Basta ya. Es accion de cobardes atacar á los indefensos. (*Saca su pistola*) Salga usted de aquí ó le mato.

RICARDO.—(Me vengaré.) (*Se vá.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.